



Khalek Shabouk, funcionario en la ciudadela de Aleppo con uno de sus hijos. Asesinado

**Et in memoriam etiam
De todos los científicos, guardianes y empleados del
Departamento de Antigüedades de Siria, asesinados en su
puesto, cuyos nombres no pueden ser olvidados**

En la larga historia del saqueo y destrucción del patrimonio y los museos de Iraq, queda el recuerdo de no pocos modestos guardianes, funcionarios diversos y arqueólogos reconocidos, asesinados todos por la barbarie islamista. De no pocos queda recuerdo: de muchos, apenas una mención, como del guarda de Larsa, señor Haddad³, asesinado en 1994 por los saqueadores que surtían el tráfico de antigüedades de Europa, EEUU, Israel, Japón y países del Golfo Pérsico. Su historia –que yo sepa- no se ha contado. Le recuerdo a él y a sus compañeros, porque debo honrar ahora a sus colegas sirios, asesinados por el mismo motivo: porque defienden el pasado de su país, su historia, la raíz de su ser.

³ El dato es exacto, pero no he conseguido completar su nombre.

Entre los más de dos mil quinientos funcionarios del Departamento de Antigüedades de Siria, la lista de héroes anónimos es enorme, y la de víctimas asesinadas demasiado larga. En ella se cuentan mujeres y hombres, técnicos y guardianes de yacimientos y museos, conductores del departamento, guías. Todos. Algunos, muertos en su puesto: otros, asesinados mientras iban a prestar servicio. Aquellos más, víctimas de ataques y bombardeos. Muchos, sin más, gentes sencillas pero conscientes del valor de su misión. No pocos, especialistas reconocidos en el exterior. De una larga lista apenas entresaco algunos nombres que han llegado hasta mí.



A la izquierda, Qassen Abdullah Yehya, muerto en la ciudadela de Damasco. En el centro, Ismaíl Muhammad Ali, guardián de yacimientos arqueológicos en Deir ez Zor, con sus dos hijos, muerto en ruta a su trabajo. A la derecha, Khaled Ziadi, conductor del Departamento de Antigüedades en Maarat an Numan (Idlib)

Por ejemplo, el **Dr. Qassen Abdullah Yehya**, graduado en Ciencias Químicas, director de los Laboratorios de Restauración del Departamento de Antigüedades, muy estimado en Italia, donde alcanzó su especialización. Volcado en la formación de técnicos en restauración, estaba entregado a la salvación de mosaicos del periodo romano o bizantino, incluso en los peores momentos del conflicto. En la Ciudadela de Damasco trabajaba con sus colegas para salvar las bolsas de teselas y los trozos de mosaico rescatados de la guerra y los saqueadores por los guardianes y los soldados sirios. El 12 de agosto del año 2015, grupos armados sitos en Douma y Gouta lanzaron misiles contra la Ciudadela y el Museo Nacional. Ambas instituciones fueron afectadas y varios especialistas y funcionarios heridos: el Dr. Qassem, de treinta y siete años, murió en los laboratorios instalados en la ciudadela. Dejaba atrás esposa y tres hijos.

Ese mismo año, el día 11 de octubre, los islamistas asesinaron al funcionario **Ismaíl Muhammad Ali**, casado y con dos hijos de corta edad. Ismaíl era una persona muy conocida y apreciada en Deir ez Zor. Había trabajado como guardián en el Museo Arqueológico de la ciudad y, en el momento de su muerte, desempeñaba su labor como guardián de yacimientos arqueológicos amenazados. Cuando estaba en ruta hacia Hassakeh, para cumplir un encargo del departamento, los asesinos le quitaron la vida. Otra familia rota por la infamia: otra joven viuda y dos nuevos huérfanos.

Como la muy numerosa del funcionario **Khaled Ziadi**, conductor al servicio del Departamento de Antigüedades y el museo de Maarat an Numan, en la provincia de Idlib,

casado y con diez hijos, muerto en octubre de 2015, estando de servicio, alcanzado por proyectiles de los islamistas que intentaban conseguir el control de tan estratégico enclave.



A la izquierda, Khaled Shabouk, funcionario de atención al público en la Ciudadela de Aleppo. En el centro, Basem Hasam, director del Museo Folclórico de Busra, asesinado por un francotirador. A la derecha, Iyad al Shuraiiki, guardián asesinado por una mina mientras inspeccionaba un yacimiento al norte de Hama.

En la martirizada Aleppo, cuya ciudadela custodiada por las tropas del gobierno, ha sido atacada y destruida por los islamistas en lo que pudieron, junto con la Gran Mezquita Omeya o el Museo Arqueológico, ciudad escenario de combates entre ambos bandos y de la lucha final por su liberación, que terminó ocasionando aún más destrucción de su patrimonio y su casco urbano, trabajó durante muchos años el funcionario **Kahlek Shabouk**, encargado de la modesta tarea de expender las entradas de los miles de visitantes y turistas atraídos por uno de los más importantes monumentos de Siria. Muerto en septiembre de 2015, deja esposa e hijos.

El 21 de enero del año 2013, cuando el conflicto en Siria apenas si llevaba dos años de calvario, grupos armados atacaron la Dirección de Antigüedades de Busra, en la provincia de Daraa. Murió el guardián **Yahia Ibrahim**, a consecuencia de las heridas. Su familia y sus hijos le perdieron para siempre. Y en la misma ciudad, el 26 de mayo de 2014, un francotirador asesinó de un disparo a **Basem Hasam**, director del Museo Folclórico de Busra, cuando iba camino de su trabajo. Hoy, la ciudad y la provincia han sido recuperadas por el gobierno en el verano de 2018. ¿Para qué sirvió matar a estas gentes? ¿Para qué?

Y me pregunto ¿para qué habrán servido las muertes de tantos inocentes, de tantos otros servidores del Patrimonio de la Humanidad al fin, como la funcionaria del Departamento de Antigüedades de Idlib, **Huda al Hamoud**, madre de varios hijos, asesinada el 28 de noviembre de 2013 cuando se dirigía a su trabajo; como el también funcionario del Departamento de Antigüedades de Rif Damasco **Muhammad Mahmoud**, muerto por un bombardeo el 30 de abril de 2013; como **Abdullah al Hamaid**, guardián de varios yacimientos arqueológicos de la provincia de Deir Ez Zor, como Tell Nafadh o Tell Madkuk entre otros, a quien los islamistas decapitaron el 22 de julio de 2014, con bárbara crueldad; o la cobarde muerte que los islamistas dieron a **Iyad al Shuraiiki**, también guardián de varios yacimientos arqueológicos al norte de la ciudad de Salameh, en la provincia de Hama, que el 1 de febrero de 2018, mientras inspeccionaba uno de los enclaves del Patrimonio a él asignados, pisó una

mina allí plantada por sus asesinos. Deja sola a su esposa y a sus cuatro hijos ¿Para qué era preciso decapitar a Abdullah, para qué dejar huérfanos y sin su madre a los hijos de Huda, para qué ufanarse de abatir a mucha distancia a un hombre que iba a su trabajo, como Basem, para qué enorgullecerse de haber hecho caer en la trampa a Iyad? ¿Qué habrá que contarles a los hijos de Ismaíl o de Kahled, ambos padres tan cariñosos, para siempre congelados en las fotos que ni siquiera ayudarán a recordarlos a sus hijos, cuando sean adultos? ¿Qué?

Sus asesinos no sabrían hacerlo, ni se les ocurriría qué decir, porque mataban –matan- con la complacencia canalla de quien desprecia a sus víctimas, del que se siente poderoso, invencible, más allá de la responsabilidad y la conciencia, al igual que el operador de un *drone*, que asesina desde miles de kilómetros como otros lo hacen –y él: y él- en una partida de videojuego, al tiempo que echa un trago de su bebida preferida. Pero las personas muertas, los guardianes, los arqueólogos y funcionarios eran seres humanos cuyas vidas han sido truncadas injustamente. Por lo menos, eso sí, todos ellos han muerto con honor, asesinados con vileza y cobardía por criminales armados por los aprendices de brujo de Oriente y Occidente. En honor a su memoria y a su sacrificio, en honor de sus hijos, maridos y esposas, padres, amigos y parientes, ellos permanecerán siempre en mi recuerdo. Más aún, en nuestro recuerdo.

Joaquín M^a Córdoba
Departamento de Historia Antigua, Historia Medieval y Paleografía y Diplomática
Universidad Autónoma de Madrid